

V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

Filmar el trabajo de campo: reflexiones de una experiencia. .

Pozzio, María.

Cita:

Pozzio, María (2008). *Filmar el trabajo de campo: reflexiones de una experiencia*. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-096/214>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edBm/byU>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mesa J 13.

La hora de los hornos. Usos del material audiovisual como herramienta de investigación social.

Filmar el trabajo de campo: notas sueltas, escenas sueltas.

Lic. María Pozzio.

Becaria CIC.

Docente Antropología Social y Cultural. Facultad de Psicología. UNLP.

mariapozzio@gmail.com

Más que una ponencia, la siguiente es una serie de notas sueltas que dan cuenta de algunas dimensiones de un trabajo de campo que fue registrado audiovisualmente: nos detendremos brevemente en describir dicha investigación, para luego contar cómo se llegó a la decisión de registrar audiovisualmente el trabajo de campo y qué aportó este tipo de registro a la temática. En este sentido, nos enfocaremos en un ejemplo que consideramos nos muestra las “ventajas” –o más bien, las especificidades- del registro audiovisual; por último dejaremos planteadas algunas reflexiones sueltas que, esperamos, puedan ser recogidas y continuadas por otros. Nuestras notas van acompañadas de algunas imágenes extraídas del registro audiovisual del trabajo de campo, que además de ilustrar nuestra exposición, mostrarán todo aquello que no pudimos decir en estas notas, o más bien, que preferimos decir en imágenes.

Nota 1: La investigación.

El trabajo de campo que dio origen a la investigación fue un trabajo que se extendió, en etapas sucesivas, entre los años 2004 y 2007. Por eso, se trata de un mismo trabajo de campo, una misma localización, pero el tema, el enfoque y el análisis fueron variando con el tiempo. Realizado en el barrio Las Malvinas, en el Gran La Plata, en el origen el trabajo apuntaba a dar cuenta de una experiencia de promoción de salud, llevada a cabo desde el centro de salud del mencionado barrio, entre promotoras capacitadas por la UMA (Unión de Mujeres Argentinas, en ese entonces en CTA) y los profesionales que se desempeñaban en la “salita” (médicos municipales, médicos residentes, enfermeros, trabajadores sociales, etc). A principios del segundo año de mi estancia en el campo, el proyecto realizado en conjunto por promotoras y equipo de salud, se había desarticulado; pero mi interés seguía puesto en este grupo de mujeres, por lo cual me dediqué a indagar

en sus formas de participación en las distintas políticas sociales que se desarrollaban en el barrio. Dada la centralidad de su experiencia como promotoras y la cotidianeidad de sus relaciones con el centro de salud, el foco de atención se mantuvo en las relaciones entre estas mujeres y los profesionales de la “salita”. Pero, el análisis y la perspectiva de la investigación, se habían transformado. Decidí que para comprender esas relaciones desde el punto de vista de estas mujeres, debía sumergirme en sus vidas cotidianas, en sus redes de relaciones sociales, en su mundo. El trabajo, que había comenzado con la intención de demostrar que este grupo de mujeres que yo había categorizado a priori como “jóvenes y pobres” eran mujeres “empoderadas”, se transformó en un trabajo que buscaba dar cuenta del modo en que estas mujeres se reconocían a sí mismas y eran reconocidas por los otros –entre esos otros, por los agentes estatales del centro de salud-, poniendo un poco entre paréntesis esta idea de si eran o no “empoderadas” y descartando de plano las categorías a priorísticas –casi censales- que yo había usado para describirlas. Todos estos cambios que sufrió el trabajo, surgieron del campo: yo quería utilizar -estaba empezando a hacerlo- una perspectiva o enfoque etnográfico, en el sentido que le da Rosana Guber¹.

Ahora bien, cuando estas transformaciones, graduales y paulatinas, tuvieron lugar, yo ya llevaba dos años de trabajo de campo. Conocía mucho el terreno, a las personas, sus lógicas, pero no había llevado un diario con todas las anotaciones que hubieran permitido aprovechar realmente el tiempo pasado, para ser visto desde esta nueva mirada. Sin embargo, había filmado gran parte del trabajo de campo de esos dos años; había filmado muchas horas, charlas, caras, actividades y demás. Esos registros, pensados en un origen como una forma de acompañamiento en el campo y también, como un buen modo de disponer material para una devolución –un vídeo casero, que pudiera ser visualizado en conjunto con mis “informantes”- se había convertido en el diario de campo que me faltaba. De este modo, a la hora de procesar toda la información desde la perspectiva etnográfica, pensando en un nuevo eje de análisis, ese material se volvía crucial. Visto y

¹ Para Guber, la etnografía es un enfoque, un método y un texto. Como enfoque implica una mirada desnaturalizadora que pone entre paréntesis nuestras certezas sobre el conocimiento de un problema y objeto social, y parte del reconocimiento de múltiples perspectivas nativas en sus propios términos y contextos de uso. De este modo, la producción de un saber etnográfico es un resultado alcanzado al poner en diálogo las perspectivas de conocimiento social del investigador y los puntos de vista de los actores situacionalmente definidos.

vuelto a ver más de una vez, develaba cuestiones que antes había pasado inadvertidas, iluminaba de manera singular algunas situaciones y permitía nuevos ingresos al campo; a la vez que re-afirmaba las posibilidades metodológicas que yo ya había comprobado. A saber, la autopuesta en escena que la cámara generaba, y la posibilidad de la observación diferida, esto es, que la gente se vea filmada, registrando el momento en que esto sucede, así como las reflexiones a las que da lugar. Ambas son cuestiones sobre las que luego volveremos.

Como vemos, hemos preferido describir esta investigación un poco retrospectivamente, según lo que fue generando en diferentes momentos, en su evolución y transformación. Ahora bien, la continuidad estuvo dada por los escenarios –siempre en el barrio Las Malvinas- y por el producto final, ya que a partir de dicho trabajo de campo elaboré mi tesis de maestría sobre los usos y sentidos del género en la implementación cotidiana de las políticas de salud.

Nota 2: Lo filmado, penas e inconvenientes.

En el proceso de investigación noté que la cámara podía ser un elemento más de registro, pero un elemento muy particular. No sólo generaba situaciones distintas con las mujeres que yo estudiaba sino que implicaba un desafío para mí misma, un aprender a investigar filmando, y aprender a filmar, investigando. Introducir la cámara en el campo fue un proceso gradual, más difícil quizá para mí que para las mujeres del barrio. Difícil porque de por sí, “entrar” al campo y llegar a tener rapport con los informantes, no es una tarea ni automática, ni para la que estemos muy entrenados (sobre todos quienes venimos de la sociología como formación de grado); si a esto le sumamos la presencia de la cámara y las reacciones que ésta genera – a veces sobre actuadas, otras veces desconfiadas- podemos ver que no se trata de una tarea sencilla, sobre todo si estamos solos. Así, por ejemplo, uno de los grandes inconvenientes era estar sola y tener que filmar y preguntar y observar, todo al mismo tiempo.

Como decíamos más arriba, la introducción de la cámara fue gradual y el trabajo de campo se extendió en el tiempo, de modo que podríamos distinguir algunas etapas en el desarrollo de la investigación. La primera etapa, donde me limité a presenciar y filmar momentos determinados de la vida de estas mujeres, por ejemplo la reunión semanal que

mantenían con la médica del centro de salud, en el marco de su actividad como promotoras de salud. Los acontecimientos relacionados con esta actividad fueron fáciles de filmar ya que respondían a la inserción institucional de estas mujeres, a su actividad comunitaria, reconocida por otros; la actividad de promoción de salud por la cual se suponía, ellas eran de mi interés. Todo lo que sucedía antes y después de esos momentos -la charla informal, el proceso de conocimiento mutuo entre ellas y yo, etc-, iba quedando fuera de la filmación muy a pesar mío, ya que consideraba lo que pasaba en esos momentos como lo de mayor interés a los fines de mi investigación. Charlas, miradas, acciones, que significaban mucho y sin embargo no podía dejar registrado de forma audiovisual. Vemos así que no sólo muchas cosas decidí no filmar –por inexperiencia, por falta de conocimiento del campo-, sino que otras se me escaparon; al mismo tiempo, muchos de los momentos que quedaron registrados en la cámara no obedecieron a decisiones mías. Sin embargo, cabe aclarar que siempre que encendí la cámara, mis informantes estaban de acuerdo con que así lo hiciera.

Transcurrido un tiempo, aumentó la confianza y pude empezar a filmar esas otras cosas que al principio se me escapaban. Se trata de la segunda etapa, cuando las mujeres del barrio ya se habían acostumbrado a mi presencia y a la de la cámara. En esta etapa, las relaciones más fluidas se manifiestan en una presencia más “natural” de la cámara en el campo. En este momento de la investigación filmé largas entrevistas en profundidad con las mujeres, a quienes entrevisté en diferentes momentos: ellas elegían la situación y el lugar y así fue que pude filmar estas prolongadas charlas en un clima distendido. Técnicamente, hay muchas fallas, pero el resultado fue un material muy interesante desde el punto de vista sociológico y que me indicó de algún modo, cuáles son algunas de las claves para lograr un material que pueda ser explotado, trabajado, retocado, tanto audiovisual como intelectualmente.

Nota 3: Algunos aportes metodológicos y otras cositas.

Ya habíamos hecho mención a algunas posibilidades metodológicas que filmar el trabajo de campo había provocado. Ahora, nos interesa desarrollarlas un poco más para así poner el acento en la cuestión central: se trata de situaciones que pudimos filmar – y que se

hicieron visibles a la investigación- cuestiones que de otro modo, es decir, sin la cámara, no hubiésemos podido ver, y por lo tanto, nunca hubieran sido aprehensibles al análisis. Una de estas cuestiones que la filmación nos permitió visualizar durante el trabajo de campo es la relativa a la autopuesta en escena, es decir, cómo los sujetos se preparan para mostrarse ante los otros, cómo “actúan” su rol ante todas las otras posibles miradas que la presencia de la cámara implica. Los relatos, las posturas, todo cambia cuando la cámara se enciende. La percepción de esta diferencia nos acerca al análisis de lo que se desea mostrar y lo que se desea ocultar o por lo menos, no exhibir (Claudine De France, 1995). Cuando comencé a llevar la cámara durante mi trabajo noté pequeños cambios en las mujeres: para las mismas circunstancias, sabiendo que iban a ser filmadas, mostraban mayor preocupación por su aspecto. Algunas se maquillaban un poco, otras cuidaban más su cabello, lucían bijouterie o simplemente trataban de que los defectos no se les notaran. Además, pude percibir que, respecto a ciertas opiniones generales, de las relaciones entre ellas y con los demás, de su labor como promotoras de salud, etc, existía un “off the record”. Había cosas que sólo se decían cuando la cámara se apagaba y respecto a algunos temas, una especie de discurso oficial, de postura aprendida, cuando la cámara se encendía. La significación de estos cambios, la convivencia de estos dos niveles y las diferentes valoraciones asignadas a las opiniones en uno u otro momentos fueron aspectos que enriquecieron muchísimo la comprensión de los modos de ser, actuar y pensar del grupo de mujeres.

Relacionado con lo último que venimos planteando, es indudable que si algo permite el registro audiovisual el mostrar aquello que muchas veces se hace irreductible a las palabras y descripciones como es lo relativo a la corporeidad de los sujetos. Considerando que el cuerpo, moldeado por el contexto social y cultural, origina y propaga significaciones que constituyen la base de la existencia individual y colectiva, la corporeidad no sólo es un elemento importantísimo de la identidad sino que nos permite la comprensión de la inscripción material, fisonómica e histórica de la sociabilidad de los sujetos. (Le Breton, 2002). Estas dimensiones, como vemos, nada secundarias para el análisis, son aprehendidas mucho mejor desde la imagen en movimiento, que nos acerca y nos muestra; que al hacerlas visible nos permite convertirlas en algo pensable. En concreto, en mi investigación, la filmación me permitió mostrar cómo estas mujeres son,

cómo viven sus cuerpos, sus complejos, sus atributos, cómo hablan, gesticulan y se mueven, interactúan entre sí y con los demás, etc; también cómo performan su actividad de promotoras ante sus pares, ante los otros y cómo el progresivo y singular proceso de empoderamiento que fueron viviendo se manifiesta corporal y gestualmente.

Otra de las posibilidades que el registro audiovisual del trabajo de campo permitió fue la técnica de la observación diferida. Esta técnica es enriquecedora no sólo para el investigador sino también para los sujetos investigados. Así, en un trabajo como el que hemos venido comentando, donde la perspectiva etnográfica se volvió central, la observación diferida permite que las mujeres, nuestras informantes, vean lo filmado sobre ellas y reflexionen sobre esa imagen que se les representa a veces como la pura realidad, otras como algo ajeno e irreconocible. Esta posibilidad de volver a ver para mejor mirar, pero también de volver a ver de forma conjunta, reconstruyendo el punto de vista del actor junto con él, contribuye al ejercicio de algo que suele llamarse conocimiento cooperativo, y que no es más que el reconocimiento de la reflexividad surgida de la relación entre el investigador y los informantes (Rouch, 1995; Guber, 2004).

Nota 4: Un Hallazgo.

Ahora quisiera comentar un ejemplo concreto que nos permitirá comprender la diferencia que la cámara introdujo en el trabajo de campo, y que de algún modo, muestra el vínculo reflexivo que se genera entre los informantes y el investigador. Es el caso de Pili, quien se convirtió en un hallazgo como personaje a los fines narrativos –toda etnografía, visual o no, al fin y al cabo cuenta una historia- y como alguien central a los fines de estudiar algunas dimensiones importantes del análisis sobre la identidad, las formas de participación y el reconocimiento de estas mujeres, de parte de sí mismas y de los otros.

Pili, una de las mujeres promotoras de salud, era la más callada del grupo. Muy tímida, tal como se describía ella misma. Tardé mucho tiempo en conocer su voz porque cuando estaban todas reunidas ella no hablaba y cuando yo le preguntaba algo a ella, su voz era tan baja que quedaba registrada apenas como un susurro. Un día Pili me dijo que a ella le hubiera gustado saber sacar fotos y tener una cámara; a raíz de eso, yo le presté la cámara

de video y ella empezó a filmar, lo cual aliviaba mucho mi tarea. Su forma de expresarse comenzó a cambiar porque detrás de la cámara se atrevía a acotar comentarios que antes hubieran sido inesperados. Luego, la entrevisté personalmente con la cámara, en ausencia de las otras chicas. Ese día no me miraba a mí que la entrevistaba, sino a la cámara. Habló sin parar y sin timidez, me contó que le había dicho a su familia que había estado filmando y que eso la había emocionado y que ahora que yo la filmaba se sentía importante. Estaba tan desenvuelta que no parecía la misma Pili de antes. Cuando vimos el video en presencia de todas las mujeres, la sorpresa por la actitud de Pili fue general. Ante eso, ella confesó que cuando hablaba con la cámara se olvidaba de todo, no pensaba en que podía haber alguien, más allá, escuchándola. Dijo, de nuevo en un susurro, que con la cámara se abría y no tenía vergüenza de nada.

Cierre de estas notas:

Como dije al principio, esto que aquí termina no consistió en una ponencia sino una serie de notas sueltas, realizadas con la intención de sistematizar algo de mi experiencia. Como apuntes pasados en limpio, las reflexiones a las que dio lugar no son más que eso: interpretaciones a posteriori de una experiencia. Por eso no vamos a realizar ninguna conclusión rimbombante, más bien, compartir una convicción personal y es que se puede aprender a investigar filmando y viceversa; que la experiencia vale la pena y merece ser reiterada, más allá de la calidad del producto final -en este caso, un video casero que fue visto por sus protagonistas y las imágenes sueltas, editadas a último momento, que compartimos en la exposición-

Por último quisiera agregar que si bien he elegido la perspectiva antropológica desde mis inicios en la investigación, mi formación de grado es en la sociología, disciplina que no tiene una tradición tan vinculada al cine y a lo audiovisual como la antropología. Quizá por eso, considero que fomentar las técnicas de registro audiovisual en las diversas disciplinas sociales es un objetivo a alcanzar. En primer lugar, para enriquecer las técnicas de investigación, las perspectivas y también, la creatividad en el abordaje y la presentación de resultados. Pero sobre todo porque las ciencias sociales que piensan el mundo no pueden dejar de lado la hipervisualidad del mismo. Las tecnologías para capturar y reproducir imágenes “se constituyen como soportes de la memoria,

reactivadores de la sensorialidad y amplificadores del conocimiento y la imaginación” (Buxó I Rey, 1995: pag. 1) Por eso, bogar porque la aproximación a lo audiovisual y desde lo audiovisual crezca en las disciplinas sociales no es más que pretender refinar, profundizar y ampliar el conocimiento que éstas tienen de nuestra sociedad y nuestra cultura.

Referencia bibliográficas:

- Buxó I Rey, J.1995. “....que mil palabras.” en Ardevol y Pérez Tolón compiladores: *Imagen y Cultura*. Biblioteca de Etnología. Diputación Provincial de Granada. Granada, España.
- Comolli, J. L. 1999. *Filmar para ver. Escritos de teoría y crítica de cine. Cuadernos de Cine.*_Simurg. FADU, Cátedra La Ferla, Buenos Aires.
- De France, C. 1995. "Cuerpo, materia y rito en el cine etnográfico" en Ardevol y Pérez Tolón compiladores: *Imagen y Cultura*. Biblioteca de Etnología. Diputación Provincial de Granada. Granada, España.
- Guber, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós. Buenos Aires.
- Jure, C. y Cascardi, J. 2000. “Del video como forma de exploración al video como forma de exposición” en Actas del V Congreso Argentino de Antropología Social, La Plata 1997. Tomo 1.
- Le Breton, D. 2002. *La sociología del cuerpo*. Colección Claves. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires.
- Pozzio, M. 2006. “Una experiencia de investigar filmando” Sección Etnografía Visual. *Revista Chilena de Antropología Visual*. Nº 8. En: <http://www.antropologiavisual.cl/pozzio.htm>
- Rouch, J. 1995. "El hombre y la cámara" en Ardevol y Pérez Tolón compiladores: *Imagen y Cultura*. Biblioteca de Etnología. Diputación Provincial de Granada. Granada, España.